

LA DISUASION

Raúl Ganga Salazar
Capitán de Navío

INTRODUCCION

La idea de la disuasión es tan antigua como la guerra misma; el aforismo latino *si vis pacem, para bellum* nos permite hacer tal aseveración, aun cuando el término se haya popularizado a partir de la aparición del armamento nuclear.

Los diversos autores que han estudiado el fenómeno, concuerdan con su extraordinaria gravitación en las relaciones entre los países, posean o no armamento nuclear, dándole así el marco político adecuado.

A través de toda la historia, la Humanidad ha padecido una escasez de poder, lo que la ha motivado, en un esfuerzo enorme, a encontrar nuevas fuentes y aplicaciones especiales de ese poder.

Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, en la que si bien se logró un triunfo militar no se obtuvo la paz anhelada, el mundo ha buscado poseer armas cada vez más destructoras; sin embargo, cuanto más potentes son éstas, menor es el deseo de emplearlas. Hecho paradójico es la situación resultante: "las esperanzas de la paz están sustentadas en las capacidades destructoras"

El poder de las nuevas armas ha traído como consecuencia un tratado tácito de no agresión. Se ha sostenido, asimismo, que los usos pacíficos de la energía nuclear han hecho perder su valor a los motivos tradicionales de las guerras.

Por otra parte, desde el punto de vista de los actos del agresor, la estrategia óptima será la que pueda conseguir sus objetivos con el menor costo. La tentación de la doctrina estratégica consiste en combinar las ventajas de todo curso de acción: conseguir el máximo de disuasión, pero con un mínimo de riesgo.

Sin embargo, desde el fin del monopolio atómico norteamericano ese esfuerzo se ha visto entorpecido por la imposibilidad de combinar el máximo de destrucción con el riesgo limitado. Cuanto mayor se ha hecho la capacidad destructiva, tanto menor se ha hecho la posibilidad de su uso. En tales circunstancias, la disuasión se produce no sólo por una relación física, sino psicológica: la disuasión se hace o se siente mayor cuando la fortaleza militar va acompañada del deseo de emplearla.

En el uso actual, el concepto "disuasión" se refiere a los efectos que puede ejercer la tecnología de las armas nucleares sobre el conjunto de posibilidades de

que disponen los responsables de la política de un país, al elegir un curso de acción, el que, consecuentemente, influirá en la dirección y desarrollo de las relaciones internacionales.

El conjunto de opciones entre las cuales eligen los dirigentes de un país comprende, tradicionalmente, el *recurso de la guerra* como instrumento de la *política* nacional.

La palabra "disuasión" denota el intento de reestructurar el conjunto de opciones que se ofrecen a los dirigentes de un país o grupo de países, llevado a cabo por los dirigentes de otra nación o de otro grupo de naciones mediante la formulación de una amenaza a los *valores fundamentales*; a través de esta reestructuración se pretende excluir la consideración "del recurso de guerra".

Así, podemos concebir la hipótesis fundamental de la disuasión de la siguiente manera: "Si la amenaza a los valores es suficientemente grave, es probable que se excluya la opción de la agresión armada".

Esta hipótesis, combinada con otra subsidiaria: "Las armas nucleares suponen una amenaza suficientemente grave a los valores", lleva a la siguiente deducción: "Las armas nucleares hacen probable que se rechace la agresión armada como posible opción política".

Este silogismo fundamental de la disuasión contienen implícitos supuestos sobre la naturaleza de la amenaza y sobre la relación entre amenaza y disuasión.

La amenaza es una simple función de la potencia destructiva; mientras mayor sea ésta, mayor será aquélla. Lo anterior, en un amplio sentido, no limitándose sólo al número y capacidad de las cabezas nucleares.

Ahora bien, la interacción amenazante puede considerarse determinada por tres factores:

1. Percepción, de una de las partes, de las intenciones hostiles de la otra;
2. Percepción de la capacidad de la otra parte para producir daños; y
3. Credibilidad de la política sustentada por la otra parte.

Si la amenaza residiera únicamente en la potencia y se desestimara la hostilidad y la credibilidad, habría que llegar a la conclusión de que tanto una parte como la otra están igualmente amenazadas por los mismos sistemas de armamentos.

Se puede decir, entonces, que la disuasión debe concebirse, con más propiedad, como una función de la potencia que pueda conservarse después de haber asestado un ataque, concepción que supone que el agente de la decisión, amenazado, será "disuadido"; esto es, que renunciará incluso a tomar en consideración la opción que inquietaba al que amenaza.

Los teóricos de la disuasión se han interesado en relación al factor "credibilidad", pero más bien referido a la calidad de los armamentos; no se le ha dado mayor relevancia al hecho de que una amenaza verosímil reciba una respuesta agresiva; sin embargo, algunos psicólogos han descubierto, con frecuencia, respuestas agresivas a la amenaza. Esto sugiere que, en situaciones internacionales amenazantes, pueden producirse tales reacciones.

En gran parte de la literatura sobre disuasión está también implícito el supuesto de que los responsables de la adopción de las decisiones disponen siempre de otras opciones que le permiten evitar la guerra, y que siempre son capaces de percibir las en cualquier situación internacional.

La validez de esta proposición es difícil de establecer; la Historia está llena de dirigentes que en un momento dado no vieron otra salida que la guerra, considerada por ellos como la única posibilidad viable; por otra parte, a pesar que se

han visto envueltos en crisis extremadamente graves, los dirigentes de las potencias nucleares no han estimado que sus opciones se redujeran sólo a la guerra.

Para resolver esta contradicción pueden formularse hipótesis contrarias: las armas nucleares, a causa de su poder destructivo, pueden haber transformado el sistema internacional, por lo que los ejemplos históricos de la época pre-nuclear son sencillamente inaplicables en la actualidad; sin embargo, es igualmente válida la tesis de que el sistema internacional se ha movido a un nivel más alto de tensiones críticas, y los dirigentes en sus enfrentamientos todavía no han experimentado incrementos de tensión, en relación con el nivel nuclear, comparables a las crisis del pasado.

El General Beaufre, al igual que J. Collins, R. Aron y L. Hart, quienes han descrito con mayor profundidad y precisión el término, entienden la disuasión no como una política, sino como una estrategia que busca impedir que el adversario emplee sus armas, accionando o reaccionando frente a determinadas situaciones. Se trata de convencer al adversario de que la agresión armada es la menos atractiva de todas las alternativas.

La disuasión, así entendida, no restringe al adversario físicamente, sino psicológicamente.

Como señala John M. Collins: "Disuasión es una estrategia para la paz, no para la guerra, cuyo fin consiste principalmente en persuadir a los oponentes que cualquier tipo de agresión es la menos atractiva de todas las alternativas".

De acuerdo con lo anterior, podemos pensar que los conflictos internacionales ocurren cuando sus instigadores anticipan que las pérdidas serán bajas en relación con las ganancias, o también como resultado de simples impulsos; en cualquier caso, la disuasión debe impedir que esto ocurra.

Casi nadie discute que disuadir a otras naciones de cometer cualquier cla-

se de actos de agresión es un objetivo de la política exterior; lo que sí se discute es si las armas nucleares pueden "disuadir" o no de cometer toda clase de actos de agresión.

Los partidarios de que se utilicen armas específicas para usos específicos, estrategia que se suele denominar "disuasión graduada", remarcan la ineficiencia de los bombardeos estratégicos como instrumento de disuasión en la Segunda Guerra Mundial, y la limitada virtualidad de un instrumento de disuasión de fines múltiples, a contar del momento en que la Unión Soviética se convirtió en potencia nuclear.

Los que preconizan la disuasión graduada afirman que la carencia de potencial militar para enfrentarse a una determinada amenaza no nuclear, origina una situación inestable sobre la que pesa el peligro de una escalada.

La doble naturaleza de las armas (se utilizan para luchar o amenazar), crea un elemento de confusión. Si hay que hacer la guerra, las armas de respuesta capaces de destruir la potencia militar del enemigo pueden ser eficaces, si limitan los daños a los objetivos de gran valor para la nación que responde al ataque; por otra parte, la producción de todo ese arsenal podría originar una carrera armamentista precipitada que haría más probable la guerra.

Finalmente, podemos resumir la esencia de la disuasión como el hecho de inducir una estabilidad, un estado de equilibrio que fomente la *prudencia* de parte de los adversarios que encaran la posibilidad de una guerra, entendiendo que estabilidad no significa la habilidad de los beligerantes para producirse igual cantidad de daños, sino que refleja su habilidad para considerar el daño que ambos pueden infringirse; así entendido, el concepto de estabilidad implica que ninguno "racionalmente" optará por el primer golpe.

LA DISUASION Y SU APLICACION EN LOS CAMPOS POLITICO Y MILITAR

En el campo político

Como sabemos, la política —como arte de gobernar— nos señala los objetivos por alcanzar, y la estrategia nos indica los medios para alcanzar los objetivos señalados por aquélla. Es así como hoy en día se habla de Estrategia de la Acción (directa o indirecta) y de Estrategia de la Disuasión, que —a diferencia de la primera— no actúa, sólo amenaza.

A continuación veremos la evolución que este concepto ha tenido como consecuencia del desarrollo nuclear, y el uso político de que ha sido objeto por parte de las superpotencias.

La crisis de los misiles en Cuba fue la primera demostración del empleo de la superioridad nuclear para lograr objetivos políticos. La decisión de arriesgarse a la guerra nuclear, practicada por el Presidente Kennedy, contribuyó a considerar el problema de la disuasión desde una perspectiva diferente. Ya no parecía factible lanzar ataques masivos frente a la capacidad ofensiva soviética. Ambas naciones habían resuelto el problema de la infraestructura industrial y podían producir una cantidad ilimitada de bombas y misiles (para su transporte y descarga).

El desarrollo nuclear de la Unión Soviética, y el uso político que hizo de ello, dieron origen a la concepción estratégica conocida como "el balance del terror". El dilema básico era la incapacidad estadounidense para proteger su población e industria contra los ataques nucleares soviéticos. La solución era plantearle a éstos el mismo dilema, y tal propósito fue el factor determinante de la estructura y dimensión de las fuerzas norteamericanas. Esta fue la política de "destrucción mutua asegurada", según la denominó Mac Namara.

La superioridad vino a ser superflua bajo esta política. Un número igual de

sistemas nucleares disponibles en ambos lados, vino a ser la mejor garantía de la igualdad estable en el balance del terror. El concepto de la disuasión evolucionó hasta llegar a mantener un estado de mutua vulnerabilidad entre ambas superpotencias. Pero, al inicio de la década del 70, la Unión Soviética sobrepasó a Estados Unidos en el número de proyectiles balísticos intercontinentales (ICBM) con base terrestre, y el concepto de disuasión se vinculó estrechamente a los acuerdos de control de armas.

Al concluir las primeras conferencias sobre el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT), el gobierno norteamericano pensó que había logrado limitar el crecimiento futuro del arsenal nuclear, como así también preservar la vulnerabilidad de las fuerzas existentes. Aun cuando el acuerdo provisional SALT I permitía a los soviéticos un número mayor de misiles, las fuerzas estadounidenses se consideraban todavía "suficientes" para los propósitos de la disuasión.

Empero, los acuerdos SALT encontraron una fuerte oposición en el Congreso de Estados Unidos.

Así como el SALT I se concentró en los límites de las armas ofensivas y defensivas, en su naturaleza cuantitativa, el SALT II se abocaría a la reducción del almacenamiento de armamentos y a una disminución general de todas las armas estratégicas que poseen características ofensivas. Como sabemos, en la actualidad las negociaciones de SALT II se encuentran suspendidas indefinidamente, y de acuerdo a la política norteamericana se estudian nuevas fórmulas para establecer positivamente el control de armas (START).

En resumen, estos acuerdos son un instrumento político que intenta alcanzar esa disuasión mutua entre la Unión Soviética y Estados Unidos, y que —tal vez— han servido, hasta ahora, para evitar la Tercera Guerra Mundial. Pero, a poco que

uno se asoma al tema, se descubre en seguida que la verdadera meta de cada uno de los contendientes no es la mutua disuasión, sino la consecución de la supremacía sobre el otro. Es decir, cada uno pretende ejercer un efecto disuasivo, pero de tal modo que su capacidad ofensiva sea también capaz de impedir una respuesta efectiva. El concepto de disuasión mutua no es más que una meta aparente.

En este orden de ideas, una vez más, la tecnología se adelantó a nuestros conceptos sobre su aplicación. Los sistemas de guiado han mejorado en términos increíbles su magnitud y eficacia. Es posible ahora colocar más de una bomba atómica en la punta de un misil; los sistemas de reconocimiento pueden localizar con más precisión los misiles con base terrestre; los silos de los misiles, antes invulnerables, están convirtiéndose lentamente en blancos viables. La tecnología ha hecho posible que una bala, realmente pueda hacer impacto a otra bala. Estos avances de la tecnología han minado seriamente las anteriores estrategias disuasivas, basadas en servicios de inteligencia inciertos y en armas sin precisión.

El avance de la tecnología alcanzado por ambas superpotencias en el campo de las armas nucleares ha llevado aparejado el desarrollo de las actitudes señaladas precedentemente. Hoy en día, el concepto que prevalece es el desarrollo de una capacidad de respuesta consecuente con la amenaza o —llegado el momento— con el golpe que se reciba, y que garantice la supervivencia del Estado. Ello ha llevado al desarrollo de variados sistemas de armas, que se explican brevemente más adelante.

Y es así cómo en nuestros días no resulta grotesco pensar que ambas superpotencias puedan concebir que una meta política podría lograrse por medio de las armas nucleares, buscando en su capacidad destructiva el método para resolver el gran problema histórico de esta generación: el conflicto entre dos sistemas sociales.

En este mismo orden de ideas, otro aspecto que es de interés mencionar en este trabajo, y que conlleva vinculaciones políticas, lo constituye los esfuerzos realizados para detener la proliferación de armas nucleares.

Bajo este esquema, en efecto, una de las amenazas más ominosas a la estabilidad global es el peligro de la proliferación nuclear. Desde la época en que Estados Unidos poseía el monopolio de los armamentos atómicos, hasta fines de la década del 60, hubo reiterados esfuerzos para establecer un organismo internacional que controlara los recursos nucleares del mundo, desde la etapa de extracción hasta el producto terminado, y fiscalizara la construcción de todo armamento atómico. Los objetivos soviéticos eran opuestos a estas previsiones internacionales, las que fueron torpedeadas eficazmente; de hecho, no fue posible detener la proliferación de armas nucleares.

Ya en 1960, el número de naciones pertenecientes al club nuclear se había duplicado al ingresar Inglaterra y Francia. En 1964 se agregó a dicho club la República Popular China. A estas alturas, los esfuerzos destinados a impedir una mayor expansión del armamento nuclear dieron por resultado el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, de 1968, el cual se puso en vigencia en marzo de 1970. Hasta la fecha, más de cien naciones han ratificado este tratado. Los signatarios de este acuerdo se comprometen a no transferir armamentos nucleares a los Estados no nucleares, y a no prestarles asistencia para el desarrollo de dichos armamentos. Los adherentes no nucleares al tratado están de acuerdo en declinar las ofertas de armamentos nucleares o la ayuda para desarrollarlos. Las naciones del Tercer Mundo con tecnología nuclear, como India y Argentina, no han ratificado el tratado; por otro lado, algunas de las principales potencias, como la República Popular China y Francia, han rehusado, igualmente, firmar el tratado por varias razones relacionadas con sus comprensibles intereses nacionales.

En el campo militar

1. Guerra clásica

a. En el campo de la guerra clásica, la disuasión propiamente tal está basada en el poder o potencial del Estado para actuar principalmente en el campo psicológico de los presuntos adversarios, para hacerlos desistir de cualquier aventura bélica, por no serle conveniente porque la consecución del Objetivo Político de Guerra que persigue podría tener un resultado tan oneroso y/o desastroso que no le sería política y estratégicamente rentable su obtención a través del empleo de su fuerza.

Para el Estado que aplica la disuasión, la verdadera protección no la constituyen los esquemas defensivos, sino la *amenaza de represalias*. Para ello, es condición esencial tener una fuerza bastante potente para desanimar al adversario de emplear la suya, vale decir, que se trata de influir directamente sobre la voluntad del adversario, sin llegar al uso de la fuerza.

El problema que esto acarrea, si no es debidamente evaluado y coordinado por el poder político y poder militar, es que cualquier error de cálculo en esta "amenaza de represalias" puede desencadenar una guerra no necesaria (Ej.: cierre unilateral de fronteras, demostración de fuerzas en la fronteras, movilización, etc.).

También debe analizarse con extrema precaución el peligro de no iniciar este duelo y correr el riesgo de desencadenar una réplica extrema por parte del adversario, que lleve a una guerra ilimitada y a la propia destrucción (harakiri).

Como tal, la disuasión no es una política, sino un tipo de estrategia que busca impedir que el adversario emplee sus armas, en acción o reacción, ante determinadas situaciones, mediante la amenaza constituida por la posesión de armas, la fuerza adecuada y la decisión de emplearlas para producirle un daño tal que haga injustificable –ante la significación

de su objetivo político– su pretensión de obtenerlo mediante una victoria militar por el uso de la fuerza.

b. Análisis de la dialéctica de voluntades. Al estudiar el cuadro de ubicación de esta estrategia de disuasión, se desprende claramente que analizar la dialéctica de voluntades entre dos o más potenciales adversarios, exige un estudio profundo que contemple básicamente la significación del objetivo político, la magnitud de la amenaza y riesgo a afrontar, y las interacciones entre los diversos niveles determinados por la consideración de empleo de fuerzas clásicas, guerra fría y las combinaciones entre ellas.

c. Disuasión clásica (potencias no nucleares). En este caso cabe establecer, primeramente, que el significado del concepto disuasión se mantiene, en cuanto a que constituye una estrategia que, en lugar de estar basada en el empleo de la fuerza, está orientada más bien a amenazar con su empleo y en el riesgo afrontado por un adversario que pretende emplear las armas para lograr su objetivo.

En el caso de guerra clásica, se destacan significativas diferencias con el nivel nuclear.

La primera consiste en que el nivel clásico, a diferencia del nivel nuclear, determina que el riesgo planteado por la disuasión está basado en lograr que el adversario pierda la fe en su victoria, y no en el temor a la destrucción mutua producida por las armas nucleares.

Es la dialéctica o duelo de las esperanzas de victoria, intentando convencer al adversario de lo inseguro de su éxito y de lo probable del propio, aun cuando éste aspire únicamente a infligir daño. Como la victoria es unilateral y ambos aspiran a ella, en el nivel clásico se produce mayor inestabilidad, y en cuanto las esperanzas de victoria dejan de ser mínimas para uno o ambos, se desencadena el conflicto. (Error de cálculo).

Esto nos puede llevar a deducir que la carrera de armamentos clásicos crea

mayor inestabilidad, en oposición a lo que ocurre con las armas nucleares. En consecuencia, el problema de la disuasión clásica consiste en incrementar la estabilidad, lo que en el caso de potencias nucleares es logrado mediante la introducción de tales armas.

En la disuasión clásica, cobra especial interés la necesidad de considerar las doctrinas del adversario y no las propias, para determinar el efecto de las medidas de disuasión clásica.

También es dable analizar una diferencia establecida por Beaufre, que es la referente al significado de la ofensiva y defensiva, que en la disuasión a nivel clásico presentaría características comunes, pero con signos opuestos. Así, en el caso del débil, en ciertas circunstancias podría resultarle menos factible amenazar con fuerza de potencial suficiente para actuar ofensivamente y, en cambio, tener que conformarse con otras menos poderosas pero capacitadas para oponer una resistencia suficientemente activa como para plantear al adversario un alto costo para su eventual victoria. (Desanimarlo).

La escalada constituye otro aspecto digno de ser considerado a nivel clásico; tiende a convencer al adversario que pretende imponer hechos consumados por la fuerza, que se reaccionará con el mayor vigor y decisión empleando todas las fuerzas disponibles, y desencadenando una guerra generalizada, tal vez no prevista por el agresor o que le es políticamente inaceptable.

2. Guerra revolucionaria

La disuasión en este campo prácticamente no existe, sino más bien en el campo político, ya que el revolucionario es un extremista fanático, en el cual el uso de la amenaza de "represalias" no tiene ningún efecto.

Mayores posibilidades tienen las acciones indirectas en el campo político, que apuntan a atenuar o eliminar las condiciones que abonan el florecimiento de acciones revolucionarias.

3. Guerra nuclear

El 16 de julio de 1945 marca el comienzo del empleo físico de la disuasión, expresado macabramente a través de la liberación del átomo, cuyo poder destructivo fue comprobado en Hiroshima y Nagasaki, con 80 mil y 160 mil muertos, respectivamente.

El 31 de marzo de 1949, Winston Churchill expresó: "No debo ocultarles la verdad tal como la veo yo. No cabe duda de que Europa estaría dominada por los comunistas, y Londres habría sido bombardeada hace tiempo, si no hubiese sido por la disuasión que supone la bomba atómica en poder de los Estados Unidos".

Es posible que esta haya sido la primera oportunidad del empleo destacado de la palabra "disuasión", en el amplio sentido que se ha usado hasta nuestros días, configurando un fenómeno mental que opera, esencialmente, más bien por la opinión suscitada en la persona disuadida que en la aplicación efectiva de la fuerza; y tanto más fácil será convencer a ambos adversarios si saben que, en caso de guerra nuclear, no hay riesgo, sino certeza de desastre mutuo.

La guerra nuclear se define, entonces, como el empleo de las armas nucleares para obtener los objetivos propuestos. Esta guerra es netamente ofensiva, y se dice que su preparación es justamente para evitar la guerra.

Fundamentalmente, la postguerra de la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por una readecuación de la estructura militar de las grandes potencias, las que encauzaron sus presupuestos de defensa hacia un desarrollo de esta nueva arma y de las variedades que de ella pudieran surgir, incluyendo la bomba de hidrógeno y nuevos ingenios, cada vez con mayor alcance, carga y precisión.

Así entonces, desde 1945 hasta 1950 podemos reconocer en la guerra nuclear un primer período caracterizado por el monopolio norteamericano de estas armas, transportadas en aviones también con alcance limitado.

Estados Unidos, a la vez, se esforzó por configurar alrededor de la Unión Soviética –en un mundo bipolar– un cinturón de bases militares que le permitieran amenazar directamente a su adversario (represalia masiva).

La defensa de la Unión Soviética consistió en agitar lo más posible el impacto psicológico que significaría usar esta arma; incluso se llegó a firmar el "Llamamiento de Estocolmo", en el cual se convenció a hombres de buena fe para proscribir el átomo como arma de guerra.

Un segundo período se puede encontrar entre los años 1950-1956. En estos seis años, la Unión Soviética, gracias a sus espías, obtiene el secreto de la bomba atómica y logra desarrollarla mucho antes de lo que había sido previsto. Estados Unidos, por su parte, activa la bomba de hidrógeno y multiplica sus armas nucleares, manteniendo siempre una gran ventaja en calidad y cantidad.

A partir de 1957 se entra en un tercer período con el lanzamiento del Sputnik; se inicia entonces el desarrollo de los proyectiles de largo alcance. Los Estados Unidos dominan muy pronto esta tecnología, y ya la distancia de los objetivos deja, para siempre, de ser un obstáculo.

La multiplicación de las bombas nucleares, por una parte, y la movilidad de los ingenios que la transportan, por otra, acarrea un equilibrio en que prácticamente todo el mundo está expuesto a la destrucción indiscriminada. (Destrucción mutua asegurada).

Se desarrolla entonces una verdadera estrategia nuclear, cuyos elementos más importantes son: los blancos, las bases y las armas.

Con respecto a los blancos, ya fue posible llegar a ellos a pesar de las grandes distancias a que se encuentran, sin importar que ellos sean ciudades, centros de gobierno, sistemas de comunicaciones, instalaciones industriales o logísticas, etc.

Con respecto a las bases, comenzó a crearse un círculo alrededor de Rusia, configurado principalmente por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

En 1965 los Estados Unidos comienzan, con el bombardero intercontinental B-1, a configurar lo que desde ese entonces se ha dado en llamar la Tríada, que descansa sobre tres pilares de armas distintas: el ICBM, el bombardero recién mencionado –de velocidad-supersónica y con 200 toneladas de peso bruto al despegue– y el misil balístico lanzado desde submarinos (SLBM).

Otras novedades que es necesario destacar son la aparición, en el intertanto y en el rango de esta guerra, de otras potencias nucleares, como Francia, Inglaterra, China, y la posibilidad a mediano plazo, año 2000, para que otros cien países adquieran la misma habilidad.

Hoy, las dos grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, sin lugar a dudas los mayores poseedores –en calidad y cantidad– de armas atómicas, se encuentran en una posición de paridad, y para protegerse contra eslabones débiles de la guerra nuclear deben desarrollar diferentes capacidades que, en general, pueden definirse como "capacidad de supervivencia", que –en términos de los actuales sistemas de armas– significa que cada uno tiene un cierto nivel y características singulares de supervivencia bajo un ataque sin cuartel.

Para la situación de ataque nuclear en estas condiciones, estas características especiales –propias de los ICBM, SLBM o bombarderos– se complementan en tal forma que garantizan una respuesta de represalia totalmente eficiente, con factores esenciales de rapidez y flexibilidad. Como ejemplo de rapidez, el misil Minuteman puede lanzarse en una séptima parte del tiempo que se requiere para lanzar un SLBM en su estación, es decir, la rapidez de reacción podría proporcionar una alternativa al lanzamiento, antes de que llegue el ataque (el misil MX, hoy desarrolla aun mejores *performances*). La

flexibilidad es importante para disuadir ataques que no lleguen a ser ataques nucleares sin cuartel; así, la flexibilidad se convierte en la característica de suprema importancia del sistema integrado de disuasión. (Respuesta flexible controlada). Una de las características de la flexibilidad es la de proporcionar opciones estratégicas adecuadas, o sea, la habilidad de seleccionar las capacidades requeridas y no más del número de armas que se necesitan para su aplicación en los posibles ataques, antes de llegar al grado de ataques sin cuartel.

Esto puede significar, por el lado americano, unos cuantos ICBM, SLBM o bombarderos, o algunas combinaciones de estas tres categorías. Sin embargo, es indispensable que, cualesquiera sean los subsistemas seleccionados, estos deben ir acompañados de un "Mando y control" positivos y adecuados, para garantizar que las respuestas no excedan a lo que es necesario. (Permitir la "Opción política").

Si partimos de la base de la existencia de un equilibrio nuclear entre las dos grandes potencias, debemos considerar que la Unión Soviética, en general, maneja opciones semejantes a las descritas para Estados Unidos, y de hecho se sabe que sus misiles SS-16 y SS-20 y sus aviones bombarderos Backfire poseen, significativamente, características semejantes, en radios de acción y capacidad nuclear, a sus equivalentes americanos.

Sin embargo, esta lucha desesperada por mantener la supremacía en una posible guerra nuclear no está detenida, ni mucho menos. Es posible que nuevos subsistemas, ya en estudio o en condición de prueba, se incorporen muy pronto a los ya repletos arsenales.

Como continuación del Minuteman, durante el año 1983 se lanzó experimentalmente el misil MX, con un alcance de 14.000 kilómetros y 10 cabezas termonucleares como carga. Otra posibilidad consiste en el desarrollo de un ICBM lanzado desde el aire. Su atributo principal consistiría en combinar algunas de las mejores características de los ICBM basa-

dos en tierra, con los aviones tripulados, por ejemplo. Otra posibilidad consistirá en el desarrollo del misil Crucero avanzado, subsónico y lanzado desde el aire con fines estratégicos. El ICBM terrestre móvil también es otro desarrollo interesante que aparece en el horizonte de la tecnología nuclear.

Pero, si bien es cierto que la guerra nuclear se desarrolla principalmente en el campo estratégico, no es menos cierto que la necesidad de disuadir ataques en todos los niveles del conflicto ha llevado a desarrollar fuerzas nucleares tácticas o de teatro de operaciones, que llenan el vacío crítico entre la disuasión estratégica y las fuerzas convencionales. Estas fuerzas tácticas son una postura que combina el uso de municiones convencionales y nucleares en un teatro de operaciones, de acuerdo a la importancia del objetivo.

Ahora bien, es también interesante poder consignar en este capítulo de guerra atómica, cuáles son los efectos de una explosión de este tipo en los hombres y en las instalaciones.

- Efecto de onda de choque o explosiva, que corresponde a un 55% del total y consiste en la generación de un viento que comienza en los 1.000 nudos y 800 psi de presión, disminuyendo hacia la periferia; sin embargo, es este viento el que produce la mayor destrucción en su primera pasada de rebote.
- Efecto térmico (30%), con la generación de temperaturas hasta de 3 millones de grados Celsius.
- Efecto de radiación nuclear (15%), cuyos neutrones son capaces de atravesar las planchas de hierro de un tanque y permanecer residualmente sobre el terreno por largo tiempo.

Finalmente, se puede indicar, como ya se observó en un principio, que la guerra nuclear casi no concibe una estrategia defensiva. Dentro de sus modalidades se tiene la ofensiva directa, que va contra los blancos u objetivos que se han elegido con anticipación y cuidado.

Para defenderse de este peligro se puede configurar una defensa activa, que es la que tiende a destruir los proyectiles de los ataques, especialmente en base a la dispersión de las instalaciones en refugios subterráneos antiatómicos.

Hoy, la guerra nuclear está neutralizada, pero no dominada; desde 1980 comenzó a generarse una sistematización de todas las doctrinas empleadas, configurándose lo que se ha dado en llamar la Doctrina Estratégica de Contravalores, que se basa en dos premisas:

1. Es una estrategia dirigida contra la Unión Soviética, y considera que, a pesar de la respuesta, este país podría sobrevivir; y

2. Considerando que el mundo evoluciona cada día, Estados Unidos debe adaptarse y reestructurar permanentemente su poder, de acuerdo a la nueva tecnología que aparezca.

Dos escenarios podrían llegar a ver este holocausto, en caso de conflicto: Europa (Pactos de la OTAN y de Varsovia) o un conflicto directo Estados Unidos-Unión Soviética, en sus propios territorios.

El desarrollo de capacidades en una guerra nuclear tiene un impulso propio; las razones para ello son frecuentemente las de tomar por causa lo que sólo es antecedente.

En una era en que la estabilidad política internacional está directamente enlazada con el equilibrio estratégico de las superpotencias, la relación entre las armas y la disuasión sigue siendo un criterio central para evaluar el desarrollo de armas. El dilema para los estrategos en los años 80 es cómo integrar las nuevas tecnologías y las nuevas doctrinas con la tradicional teoría de disuasión, a fin de desarrollar una estructura estratégica para estabilizar la relación nuclear.

TEORIA DE LA DISUASION NUCLEAR

Acerca de este punto, los analistas estratégicos contemporáneos presuponen que se desarrolla sobre la base sólida del sentido común que deben poseer quienes desde la cúspide de sus naciones formulan decisiones de política internacional. Con respecto a la formulación de esta teoría, los psicólogos nos advierten que frecuentemente en la vida y en las decisiones de los individuos, los factores irracionales e inconscientes prevalecen sobre los racionales y conscientes. Pero los sociólogos coinciden en señalar la unión inseparable de racionalidad estabilizadora que va incluida tanto en las estructuras políticas —administrativas— burocráticas de los Estados contemporáneos, como en las preferencias emocionales del hombre, corrientemente subordinadas y neutralizadas por una compleja red de procedimientos que inhiben o disimulan el comportamiento temerario y errático en la toma de decisiones.

Los militares, políticos, tecnólogos y científicos que planifican, administran y dirigen la capacidad disuasoria, pueden verse obligados a preocuparse por el peor de los casos, en el cual fallase la disuasión, o sea, pensar en lo impensable, a fin de que realmente siga sin ocurrir. Sin embargo, esto se produce dentro del más amplio contexto de la formulación de decisiones políticas internacionales, que descansa en la suposición de que en la cabeza de los otros gobiernos seguirá prevaleciendo la racionalidad, interpretada —en este caso— como una relación proporcionada entre fines y medios, entre los objetivos perseguidos y los costos que resultan para obtenerlos; más sencillamente, como la razón costo-beneficio.

La disuasión, como concepto es algo más que un término estratégico-militar. Pertenece también al campo de la psicología, ya que implica un esfuerzo para influir en el comportamiento ajeno mediante la disuasión, o sea, a través de la amenaza de proporcionar una cantidad inaceptable de castigo, en represalia por

cierta forma de comportamiento que parece inconveniente, como podría ser una agresión militar.

Al respecto, aún existe una controversia entre los que se preguntan si la sola amenaza de castigo (sin que halla recompensa) servirá para que se cambien los objetivos fundamentales de la parte contraria, induciéndola a un cambio de conducta o, por el contrario, al conllevar angustia y hostilidad, esa amenaza servirá únicamente para que se produzca una oposición más intransigente de aquellos a quienes va dirigida.

Sólo el análisis acucioso de las múltiples variables que conlleva el problema (idiosincrasia del país contrario, situación económica, factores étnicos, nivel cultural, cohesión interna, experiencias históricas, etc.) pueden insinuar, en cada caso en particular, cuál podría ser realmente la reacción con que el país que disuade se podría encontrar.

CONCLUSIONES

Del análisis de lo expuesto podemos extraer las siguientes conclusiones, respecto de la DISUASION:

1. Conlleva el hecho de que toda acción tiene el riesgo de la respuesta.
2. La acción disuasiva actúa para convencer al adversario de que la agresión armada es la menos atractiva de las alternativas, debido al poder de destrucción de las armas del agresor.
3. Es aplicable tanto a la estrategia convencional como a la nuclear.
4. Su aplicación exige un acucioso análisis del cómputo de potenciales de los

adversarios, pues un desequilibrio muy grande desarticula la disuasión e impulsa la iniciación del conflicto.

5. Es un fenómeno psicológico, es decir, no restringe al adversario físicamente, sino que lo inhibe a provocar el conflicto.
6. Actúa en ambos sentidos.
7. Actúa a nivel político-estratégico, excepto en algunas formas de guerra revolucionaria, en que sólo lo hace en el nivel político.
8. A nivel de las potencias rectoras mundiales, favorece los conflictos menores de terceras potencias.
9. Implica estar permanentemente preparado para afrontar un conflicto.
10. Está íntimamente ligada al grado de credibilidad por parte del adversario.
11. Involucra una dinámica permanente para mantener actualizados los elementos que la constituyen.
12. Es un recurso que puede adoptar el más débil para convencer a su adversario que recibirá un daño de tal magnitud en la consecución de su objetivo, que no le convenga tomar la iniciativa.
13. A nivel nuclear conlleva el peligro de la autodestrucción.
14. Políticamente, la disuasión nuclear mantiene un equilibrio que evita la confrontación nuclear.
15. El desarrollo de la estrategia de disuasión tiende a reducir cada vez más el principio estratégico de la libertad de acción.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILERA ACEVEDO, VICTOR EUGENIO. *Poder Militar y Energía Atómica*, Biblioteca del Oficial, Chile, 1981, 149 pp.

- BEAUFRE, ANDRE: *Introducción a la Estrategia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1965, 173 pp.
- CARLIN, ROBERT: *Más allá de la disuasión*, "Military Review" (11): 32-39, 1977.
- COLLINS, JOHN M.: *Los Principios de la Disuasión*, "Military Review" 22 (2): 16-27, 1980-81; *Grand Strategy: principles and practices*, United States, United States Naval Institute, 1974, 338 pp.
- GALLOIS, P.: *Estrategia de la era nuclear*, Círculo Militar, Argentina, 1953, 246 pp.
- HAMON, LEO: *Estrategia contra la guerra*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969, p. 211.
- KISSINGER, HENRY A.: *Un mundo restaurado*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1973, 439 pp.
- LIDELL-HART, B.H.: *Disuasión o defensa*, Editorial Pleamar, Argentina, 1960, 275 pp.
- MOLINEU, HAROLD: *El impacto de las innovaciones en la disuasión nuclear*, "Military Review" (1): 7-16, 1978.
- MOYANO V., RAUL: *El Poder Nacional*, Academia de Guerra del Ejército, Santiago, 1981, 56 pp.
- WALLACE, J.F.: *El disuasivo nuclear no hace innecesaria a la Defensa Civil*, "Military Review" (5): 58-67, 1979.

